



El bienentendido malentendido de Rodrigo Pérez

Fernando González M.

Sub director Teatro Nacional de la Universidad de Chile y director Club de Teatro

Un poco de historia

En dos temporadas se ha presentado en Santiago **El malentendido** de Albert Camus. En 1948 y ahora en 1994, justo al cumplirse medio siglo de su estreno en París. Si bien su estreno entre nosotros tuvo cierta resonancia, ésta se circunscribió a un pequeño círculo, aunque a una de las funciones incluso asistió el propio autor, de paso por Santiago.

Eduardo Naveda y su compañía, además de estrenar la obra de una destacada figura del pensa-

miento existencialista, inicia con este montaje, realizado en una pequeña sala, el importante período de los Teatros de Bolsillo en Santiago (L'Atelier, Petit Rex, fundamentalmente). En aquellas pequeñas salas, directores como Tobías Barros y Miguel Frank, entre otros, dieron a conocer obras de cámara de diversos autores, destacándose las de Cocteau, Sartre, Camus, Coward, Eliot y Schnitzler.

Tres fechas y sus creadores son importantes en esta relación:

	París 1944	Santiago 1948	Santiago 1994
Director	Marcel Herrand	Eduardo Naveda	Rodrigo Pérez
Teatro	Manthurins	Sala Audiciones Minist. de Educ.	Sala Cuatro
Marta	María Casares	María Elena Gertner	Claudia di Girólamo
La Madre	Marie Kalf	Marta Ubilla	Gabriela Hernández
María	Helene Vercors	Luisita Aguirrebeña	Marcia Pavez
Jan	Marcel Herrand	Eduardo Naveda	Francisco Reyes
Criado	Paul Oetily	Mario Montilles	
Música			Miguel Miranda
Vestuario			Pablo Núñez
Escenografía			Nury González

Hoy, la representación de **El malentendido** no es sólo la escenificación de un texto con una visión determinada. Aquí, Rodrigo Pérez nos muestra su nitida definición escénica. A través de su montaje, comenta (emocional y plásticamente) el texto de Camus, incrementando su multidimensionalidad. Con la seguridad de estar ya en posesión de su lenguaje, el director

nos permite decodificar sus claves. Algo habíamos intuido en **El duelo** y bastante más en **Madame de Sade**.

Ahora, no sólo gozamos una estética escénica sino también el hecho que todo aquello sea consecuencia de la historia representada.

La anécdota que nos ofrece Camus, bien podría servir de argumento a un thriller actual: en una posada, la madre y su hija Marta asesinan a los huéspedes ricos y solos, para obtener dinero que les permita cumplir el sueño de Marta: vivir frente al mar. Hoy llega desde el extranjero, después de veinte años, Jan, el hijo y hermano de las asesinas. Ellas no lo reconocen y él no sabe encontrar las palabras necesarias para enfrentar esta situación. Así, ocurre el malentendido que termina con su vida.

La falta de amor restó todo sentido a las vidas de Marta y su madre. Permanecieron vencidas, sin esperanza ni fe. Vestidas para una fiesta que no llegó.

Anhelando hacer algo, encontraron en la muerte la animación de la vida. El desamor apagó la duda frente al crimen.

Música. Tres mujeres y un hombre irrumpen en un espacio que nos muestra su desnuda arquitectura. Ladrillos al aire. Tres marinas verdes sobre las tres paredes, doce sillas escolares verdes, el vestuario de Jan y la taza que contendrá el somnífero que beberá, también, verdes. Inmediatamente la irradiante violencia interior de los intérpretes inunda el espacio escénico. Su carga, movimiento, gestualidad, se tornan también violentos. Luego se aquietan, manteniendo su pulso anhelante, que empieza a crecer, obligándolos a amplios, nítidos e inhabituales desplazamientos. Los cuerpos, como los estados, se entrecruzan y de pronto estructuran su coreografía emotiva. La emoción organiza el movimiento.

La estética dura y desolada del diseño provoca una sorda descontextualización que inquieta, pero que permite seguir mejor a los personajes.

Las tres pinturas, que muestran el añorado mar, parecen ventanas que dan a un océano de evidente teatralidad y el mar, aludido como un lugar en que *el sol lo devora todo*, más que mar parece la imagen de un

árido desierto: *aquella tierra donde el sol acaba con todas las preguntas*.

Aquí, los seres no anhelan, asumen deberes, y este deber, que es imperioso cumplir, nutre la coreografía emocional que intensifica todo.

El deber de Jan es recuperar lo que abandonó. Aquí se funden la noción de patria y la necesidad de madre. No se puede ser feliz en el exilio. Hay que recuperar el país y lo que nos pertenece.

Quiso traer la felicidad... pero no supo encontrar las palabras que hacían falta.

El poderoso foco de los intérpretes va iluminando con nitidez todos los rincones de la desnuda posada y, a la vez, creando los espacios. De pronto, tenemos a Jan conversando con su hermana con violento volumen. El se presenta en su nítida naturaleza, en su espíritu específico:

Soy extranjero, vengo del otro lado del mar.

Las piezas en juego empiezan a moverse con impulso creciente e irreversible. Toda alternativa queda derogada. Sólo es posible avanzar. El director ha asumido el riesgo de tornar el drama existencialista en una tragedia contemporánea, doméstica, tal como lo deseó su autor. La dinámica escénica ya no puede claudicar. De un modo intermitente, pero constante, se violentan los estados, las emociones, los movimientos y también los parlamentos. Todo adquiere grandes connotaciones. Nada es cotidiano, sin embargo, es reconocible. Todo es como sólo en el Teatro puede ser.

El callejón se profundiza. Se torna subterráneo y se encuentra con un espeso cauce sonoro. La música amalgama estados, gestos, palabras, emociones y nos conduce a ámbitos donde todo parece que sigue igual, pero ahora todo, además de ser más nítido, es más intenso, más profundo. Miguel Miranda y su creación resultan absolutamente acordes con la tragedia. En una extraña versión de cámara se logra el *gesamtkunstwerk* wagneriano, pero a través sólo de la variedad emocional de los intérpretes. La emoción de Gabriela, Claudia, Francisco y Marcia convertida en espectáculo. Un espectáculo íntimo, casi privado que, sin embargo, nos ofrece la globalidad de la obra de arte. La creación



El malentendido, de A. Camus. En la foto: Francisco Reyes, Marcia Pavez, Gabriela Hernández y Claudia di Girólamo.

escénica, ascética y despojada, como sustitución de la vieja liturgia.

Jan pasará de un sueño lleno de imágenes a un sueño sin sueños.

La música, ahora cual marcha fúnebre, irrumpe nuevamete, mientras las tres mujeres deambulan ya sin deberes, es decir, sin destino.

El malentendido ha sido posible ahora. En esta época en que la muerte no nos sorprende. En esta época tan distante de aquella otra, en que había amor... y fe.

Ya nada se logra con que el mar sobre los ladrillos intensifique su luminoso verde. La tragedia

está consumada. La madre se irá a reunir con Jan y pronto Marta también lo hará. *Siempre he vivido sola y he matado sola, es justo que muera así.* El crimen tampoco sirvió para unir la con su madre. Para nadie existe ya patria ni paz.

Resumiendo, una historia escrita hace medio siglo que, gracias a su puesta en escena, cobra, en cuanto a contenido, forma y estructura, plena contemporaneidad. El director valora y hace necesaria la obra de los creadores de la música, el vestuario y la escenografía. La actuación, fundamentalmente a través de la emoción, logra que el espectador viva una experiencia difícil de olvidar. ■